S

olemos dar la espalda a quienes no podemos visualizar como clientes. Nuestra cultura lleva inserta una estructura de castas. Reconocemos unos que nos superan, otros que estimamos iguales, otros a quienes aventajamos. Lejos estamos de aquellos que predican la igualdad de los hombres, ya por su dignidad (como los católicos), ya por su situación jurídica (como es el axioma de los Estados sociales de Derecho). Las clases más acomodadas, fuera la realeza, la aristocracia, la burguesía, los “doctores”, generalmente han visto como inferiores a las personas con menos recursos económicos. Lamentablemente, con el capitalismo, las diferencias económicas se acentúan. Ellas constituyen la base del mercado y su funcionamiento. Determinan el acceso a muchas oportunidades. Aunque se pretenda equilibrar la balanza a través del mecanismo estatal, la cuestión rebasa las realidades. Hay que insertarse en las comunidades menos favorecidas para entenderlas, para conocer cómo funcionan, para descubrir su escala de valores, sus aspiraciones. No podemos seguir buscando los votos de aquellos a quienes luego golpeamos con el abuso de las posiciones dominantes y a quienes empobrecemos aún más a través de la corrupción. Algunos piensan que el pueblo es bobo porque no lleva a cabo revoluciones. No se dan cuenta que, cada día más, la gente da la espalda a sus gobernantes y empresarios y organiza su vida prescindiendo, en cuanto le sea posible, del Estado, al que estos controlan.

En estos días se ha celebrado la disminución de la informalidad, anunciada por el Dane en su [Medición del empleo informal y seguridad social Trimestre móvil marzo – mayo 2016](http://dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ech/ech_informalidad/bol_ech_informalidad_mar_may16.pdf). Nosotros creemos que, por el contrario, es doloroso saber que “(…) *La proporción de ocupados informales en las 13 ciudades y áreas metropolitanas fue 47,6% para el trimestre móvil marzo - mayo 2016. Para el total de 23 ciudades y áreas metropolitanas, fue de 48,7%.* (…)”. Se trata de casi la mitad de los ocupados.

¿Cuántos de los contadores se encuentran en el mundo de la informalidad? El Gobierno asocia a estos profesionales con la formalidad. Sin embargo, muchos contables trabajan en la informalidad, ya porque apoyan las actividades de sus familias, ya porque allí encuentran clientes que acuden a ellos por consejo sobre la gestión y no porque requieran su firma para realizar trámites, ya porque carecen de las competencias y las infraestructuras para prestar servicios a empresas formales.

El Gobierno quiere que la gente lleve contabilidad, como un signo de su formalidad. Como el camino para lograr su aporte en materia de impuestos, prestaciones sociales, parafiscales. Por lo mismo el pueblo la rechaza. Para él no es más que una trocha que lleva a una pérdida de recursos disponibles. La contabilidad debería ser auspiciada por su aporte al bienestar, tal como lo pensaban los maestros que empezaron a enseñarla en la época de La Colonia. Los propios contadores deben repensar y recrear los motivos de su presencia como servidores del interés público. Es cuestión de cambiar de atalaya.

*Hernando Bermúdez Gómez*